

do el milagro mexicano y enfrentados a una crisis de larga duración— no podían ser más una clase representada por el Estado [...]”.

CARLOS ALBA VEGA

OSKAR LAFONTAINE, *La sociedad del futuro. Política de reformas en un mundo transformado*, Madrid, Editorial Sistema, 1989, 217 pp.

Los cambios políticos globales experimentados a lo largo de 1989 y 1990 han tenido en Alemania a uno de sus protagonistas más intensos. Merced a su reunificación nacional, múltiples serán los procesos de readaptación cultural y económica que enfrenten las poblaciones occidental y oriental en un plazo relativamente corto. Por ello, una pregunta obligada para el observador es si en verdad están dadas ya las condiciones para que dicho camino se transite sin obstáculos. ¿Cómo se acomodarán las fuerzas sociales? ¿Cuáles serán las ofertas políticas que permitirán acercar a tradiciones tan distantes entre sí como el socialismo y el capitalismo?

Estas premisas que elaboro para iniciar mi comentario se refieren al reto adelantado de manera implícita por Oskar Lafontaine hacia 1988, en su versión en alemán de *La sociedad del futuro*. Es el momento en que se inicia el relevo histórico dentro de la socialdemocracia germana con la llegada de una joven generación de políticos cuyos puntos de referencia inmediatos ya no son la sociedad de la posguerra en reconstrucción —tal como la promovieron y defendieron Willy Brandt o Helmut Schmidt—, sino una estructura social que ahora debe encarar un presente de abundancia material, pero con las notorias desventajas que representa acercarse nuevamente a la tentación hegemónica de dominación continental, temor que ya ha sido expresado por el resto de la comunidad europea.

En un horizonte que exigirá una visión y compromisos responsables, ¿cuál es el papel que deberá desempeñar la socialdemocracia? Para Lafontaine —en quien no se puede dejar de reconocer una visión partidista militante— la socialdemocracia parece ser cada vez más sensible a las necesidades de la ciudadanía, que ya no es sólo una masa de votantes que se puede etiquetar simplemente bajo un concepto clasista que elimina la posibilidad de concertación entre grupos más preocupados por el ambiente, el SIDA o el armamentismo. Esta ampliación de los asuntos pendientes en la agenda política hace patente la necesidad de rescatar las demandas tradicionales, que se orientan a reforzar las garantías logradas en materia de asistencia social y protección en el trabajo, y a procurar políticas redistributivas que protejan al individuo frente al desempleo y las espirales inflacionarias.

Las causas del deterioro social en Alemania, que poco a poco la están cerrando al mundo exterior, no se deben resolver en el ámbito local. A ello puede contribuir favorablemente la tendencia a la negociación efectiva entre empresas transnacionales y gobiernos para que se observen los reglamentos laborales y ecológicos, y se cumplan los programas de ayuda social destinados

a superar el egoísmo fácil que ocasiona percibirse como un Estado-nación autosuficiente. Para Lafontaine, el presupuesto democrático es necesario para una solución que no se restrinja al ámbito alemán. Sin embargo, esto parece significar un reto tan difícil que no permite cerrar la brecha de incomprensión social que prevalece entre los miles de niños y jóvenes que no se sienten partícipes de esa alborada de progreso ilimitado que se ha anunciado para 1992: neonazis, *punks*, *skinheads*, los hijos de los inmigrantes africanos y turcos, etcétera. La socialdemocracia debe plantearse una cultura política que pueda incorporar, antes que excluir como enemigos, a todos estos sectores sociales que son reclutados por las fuerzas más retrógradas de la derecha.

Por ello, la nueva socialdemocracia clama por un desarrollo ético y libre, entendido como preocupación solidaria y al mismo tiempo como reforzamiento de los compromisos históricos de los estados para proveer recursos que permitan proteger un sano crecimiento de los ciudadanos. El gran riesgo de Alemania, y Europa en su conjunto, está en que paulatinamente pierda esa noción de compromiso y responsabilidad adquiridos con el resto del planeta. Acostumbrarse a la violencia, al terrorismo y a que llegará el holocausto, no importando ya cómo sino más bien cuándo, parecería ser para muchos el oscuro destino irracional de Occidente.

La socialdemocracia busca exigir al Estado que reconozca sus errores, no sólo como una prueba que después pueda aprovecharse electoralmente, sino como impulso para la renovación de la moral pública y de los valores capaces de evitar una pendiente cuya cuesta sea ya imposible de remontar. Así, la socialdemocracia considera que la responsabilidad se vuelve una garantía básica en la conformación de la cultura política del futuro.

Simultáneamente, dicho código democrático deberá ser asumido por empresarios, trabajadores y partidos políticos. Las capacidades de control e intercambio de información que por ahora tienen cada uno de estos sectores no proporcionan espacios que faciliten las decisiones colectivas, sino que hacen más accesible la asignación autoritaria, que sólo cubre los formalismos legales y que no permite las discusiones sustantivas dentro de las comunidades afectadas. Lafontaine nos hace ver que hoy más que nunca nos hemos acercado a procesos que neutralizan la propia democracia e incluso la política como actividad cotidiana.

¿Pero es todo atribuible al fracaso del Estado, tal y como lo arguyen los neoconservadores hasta la saciedad?, ¿no hay un fracaso de la sociedad en este proceso? Lafontaine advierte lo triste que será el destino de la izquierda europea si sólo se preocupa por incrementar las cuotas de participación del Estado en la economía. Lo sustancial es que lo que quede del aparato público genere riqueza, no importando su dimensión inicial, porque indudablemente prevalecerá la demanda insaciable de satisfactores que se expanden con el propio crecimiento de las industrias y el cambio tecnológico. Así, la igualdad y la justicia siempre estarán en déficit. La misión que por ahora puede llevar a cabo el Estado es evitar que esta situación llegue a un punto ingobernable de retorno hacia el autoritarismo o la dictadura.

Lafontaine quiere dejar en claro que la socialdemocracia no es un chivo

expiatorio sobre el cual se puede cargar el fracaso de un modelo histórico de producción y consumo, como quisieron hacerlo las grandes potencias socialistas durante esta centuria. No se trata tampoco de ignorar el pasado. La socialdemocracia occidental procura ligar su destino a la recuperación de la confianza en las actitudes y participación políticas.

Por ende, como se ha resaltado en estas líneas, la política no puede permanecer más tiempo como una misión delegada a los profesionales y a las élites: "Democratizar la responsabilidad no significa estrechar el margen de acción de la política, sino que, por el contrario, es hoy la única posibilidad de ampliarlo" (p. 25). Rebelarse frente a lo que constriñe iniciativas, más que fomentarlas, es en buena medida el núcleo de los compromisos socialdemócratas que se persiguen ahora en una Alemania que está cambiando su mentalidad y sus fronteras. Volver a lo tangible es evitar un extrañamiento frente a las grandes tareas sociales que se presentarán, en el futuro, en nuestras naciones y comunidades. Política cotidiana, ni más ni menos, que sea capaz de servir a los individuos. Sociedad y democracia se convierten así en una dualidad que representa más que meros lemas de campaña: son unos de los escasos asideros que la cultura política nos permite seguir reconociendo como universales. Éste es el rostro moderno de la socialdemocracia alemana, que ha sabido superar los dogmas del realismo económico de los regímenes neoconservadores, y que se asume como una izquierda autocrítica capaz de mirar por encima del olvido histórico al cual pareció encaminarla los años ochenta.

VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN